

PRÓXIMO NÚMERO:

LA INTERESANTÍSIMA
NOVELA FRANCESA

¡Mi tío...!

PROTAGONISTA: El genial artista,
creador de «Fantomas», «Ferragus»,
etc. RENÉ NAVARRE.

Asunto muy ameno y de gran éxito.

PROFUSIÓN DE ILUSTRACIONES
FOTOGRAFICAS.

Postal-fotografía-regalo:
HENNY PORTEN

Precio: 25 céntimos

LA NOVELA SEMANAL
CINEMATOGRAFICA

Sale todos los miércoles en toda España

E. VERDAGUER MORERA.-TARRASA

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

N.º 156

25 cts.



UNA DAMA
ENMASCARADA

por NATHALIE KOVANKO
y NICOLÁS KOLINE
Filmoteca
de Catalunya

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

Redacción } Via Layetana, 12
Administración } Teléfono, 4423 A
BARCELONA

AÑO IV

N.º 156

Una dama enmascarada

Drama de intensa emoción, interpretado
por la gentil actriz

NATALIA KOVANKO

FILMS ALBATROS, París

Exclusiva de

PRÍNCIPE FILMS, Sdad. Ltda.
San Sebastián

Representante para Cataluña, Aragón y Baleares:

JOSÉ CAVALLÉ

Aragón, 225, pral. 1.ª — BARCELONA

Con esta novela se regala la postal-fotografía de
EDMUND LOWE

UNA DAMA ENMASCARADA

Argumento de la película de dicho título

En su risueña casita de la aldea de Miraflores, vivía, resignada con su suerte, la infeliz viuda Catalina Kerr, sin más preocupación que el bienestar futuro de su única hija, Elena.

Una carta, llegada de lejos, fué causa de pesar para la buena mujer, pues las noticias que contenía el papel producirían disgusto a Elena.

Véase un extracto de la misiva:

... juzgo que ya has dado a Elena suficiente educación para una joven de su clase; y en cuanto a tu proyecto de hacer de ella una actriz, lo desapruébo, y no estoy, por lo tanto, dispuesta a concederte la ayuda material que para ello me pides.

Te abraza tu hermana,

Josefina.

Artista por vocación, Elena había dado muestras desde su adolescencia de poseer excepcionales disposiciones para el arte escénico, haciendo las delicias de la gente menuda de la aldea.

Alta, esbelta, hermosa, ingenua, delicada,

sensible, Elena podía llegar a escalar el triunfo en el arte de Talía.

Pero el Destino había pronunciado su fallo en las vidas de ambas mujeres—Elena y su madre—, y ocurrió una tragedia.

Fué fatal: doña Catalina, sin saber cómo, se vió de súbito envuelta en llamas. Su casita ar-



... haciendo las delicias de la gente menuda de la aldea.

dia terriblemente. Se rompió el conducto de gas del fogón y el elemento prendió en unos paños y luego lamió cortinas y muebles hasta devorarlos rápidamente.

La alarma cundió en el pueblo.

Se procedió a vencer el dragón furioso cuyas

fauces proclamaban reina a la Muerte; pero todo fué inútil.

Elena, que divertía a los chiquillos en el corazón del bosque inmediato al pueblecillo, fué avisada del drama, y como loca corrió a inquirir noticias de su madre.

—¿Dónde está mamá? ¿dónde está? ¡decídmelo pronto!... ¡Salvadla, por piedad!

—Los bomberos están por llegar, Elena.

—Pero vosotros... ¡hombres sin corazón!... ¿permitiréis que se quemé?

El dragón resoplaba con ira. Parecía retar a todos. Nadie se atrevía a hacerle frente.

Elena, desesperada, clamó:

—¡Cobardes... apartaos...: yo la salvaré!

Transcurrieron unos momentos emocionantísimos.

Hasta afuera llegaba el eco de las voces que daba Elena en la casa roja:

—¡Madre!... ¡Madre del alma! ¿dónde estás?

La presencia de los bomberos dió esperanzas a los aterrados espectadores de la imponente escena... pero sólo vieron sacar con vida aún a Elena.

En cuanto a doña Catalina, era horroroso pensar que había sido pasto de las llamas; y con ella, que la vió edificar, desapareció la casita.

Unas almas piadosas recogieron a Elena y la cuidaron con tierna solicitud, y, algunos días después, enviáronla a la capital, donde se sabía que tenía unos parientes en buena posición.

En efecto, esa familia existía.

Conozcámosla.

He aquí a Miguel Kerr, hermano de la difunta doña Catalina, tío de Elena; sujeto bonachón e inofensivo. Vivía a expensas de su hermana Josefina, a la que, más que afecto, tenía un miedo cervical.

Ahora, vean ustedes a la aludida Josefina Kerr, mujer presuntuosa y casquivana, muy dada a frecuentar la buena sociedad desde que perdió a su esposo. No era ni joven ni bella; sin embargo, pretendía ser las dos cosas.

Siempre, para dar satisfacción a su vanidad, reunía en su casa a varias "incondicionales", las cuales, si bien la consideraban superior a ellas, lo hacían por el beneficio que con sus adulaciones recibían de la orgullosa.

Elena llegó, atolondrada por el ruido de la ciudad, a la señorial morada de su tía.

Al atravesar el jardín de la casa, el tío Miguel, que por él andaba paseando con sus recuerdos de antaño en la cabeza, la vió y reconocióla al acercarse a ella.

—¡Muchacha! ¿Tú por aquí? ¡Qué inesperada sorpresa!... ¿Cómo has dejado a tu madre? ¡Abrazame, niña!

Elena abandonóse en los brazos de su pariente, y rompió a llorar en ellos.

—¿Qué es eso, Elenita? ¿Qué motiva tu llanto? Pero... ¿vas de luto? ¿qué ha ocurrido?

—¡ Mamá... ha muerto!... ¡ Incendióse nuestra casa... y pereció entre las llamas!

—¡ Jesús! Pobre Catalina...

—Por eso he venido... porque he que quedado sola...

—No te apures, muchacha... Vamos a ver en seguida a tu tía... Esta tremenda desgracia nos afecta mucho a todos... ¡ Pobre hermana mía! ¡ Pobrecita Elena!

El tío Miguel penetró seguido de su sobrina en el salón donde la tía Josefina "conferenciaba" con sus visitas, y en un tono mixto le dijo:

—¡ Josefina... adivina a quién te traigo!

—¡ Qué sé yo!...

—¡ Mira!

La tía reconoció a Elena. No le supo a gloria verla en su casa; no obstante, para ser correcta a los ojos de todos, le brindó cariño...

—¡ Hola, sobrina!... ¿ Qué, te ha mandado tu madre a pasar una temporadita con nosotros?

—No, tía... vengo a pedirle amparo y protección...

—No comprendo, Elena...

—Estoy desamparada, tía...

—¡ Nuestra hermana Catalina ha perecido abrasada en el incendio de su casa!

—¿ Murió quemada? ¡ Virgen santa, qué horrible muerte!

Hubo una angustiada pausa, en que los espíritus se concentraron en el recuerdo de la desaparecida.

Después, dominando su lógica emoción, la tía Josefina dió órdenes para la instalación de Elena en la casa:

—Tú, Elena, necesitas descansar... Miguel,

sube con ella y muéstrale su habitación, al lado de la tuya.

El tío llevóse consigo a su sobrina, a la que compadecía de todo corazón; y al ir a ganar las habitaciones altas de la casa, cruzáronse en su camino dos elegantes jóvenes.

El tío detuvo a uno de ellos para decirle, sonriente:

—Juan, aquí tienes a tu prima Elena, que acaba de llegar... Supongo que te agrada conocerla...

Juan saludó displicentemente a la pueblerina, y reunióse con su amigo, Girard, a quien un criado ayudaba a ponerse la capa.

Elena, que se había fijado con más interés en el amigo que en su primo, preguntó al tío Miguel el nombre del mismo.

—Se llama Girard y es íntimo amigo de tu primo.

—¡ Qué muchacho más guapo y más simpático!—pronunció Elena

—Sí... No está mal... Hay muchos así en la sociedad de tu tía...

Al salir los dos amigos a la calle, y a la par que tomaban asiento en el auto de Juan, éste decía a su íntimo, para convencerle a acompañarle:

—Girard, yo te garantizo que en el café del "Sol Naciente" no te aburrirás. ¡ Es un lugar pintoresco, donde hay bellas mujeres, dinero y alegría!

—Vamos, pues.

En tanto, Elena tomaba posesión de su nuevo dormitorio, uno de los más modestos de la casa.

Haciéndose cada vez más agradable a su sobrina, el tío Miguel creyó oportuno enterarla de que él se encontraba en la misma situación que ella, a fin de que Elena le tratase como a igual, es decir, sin prevención alguna, con el corazón abierto, para conocerla y ayudarla, en caso necesario, mejor:

—¡Yo también he sido rico, sobrina, pero perdí mi fortuna; y hoy me veo precisado a vivir bajo el techo de tu tía Josefina!

Elena, rendida del viaje, manifestó el deseo de acostarse, y el tío Miguel, que hasta entonces había vivido en el mundo sin afecciones ni amores, dedicó todo el cariño de que su corazón era capaz a su desventurada sobrinita, para que se durmiera tranquila y con esperanzas...

Juan y Girard llegaron al café del "Sol Naciente", del que era propietario Li-Tong, un mestizo chino de alma tan atravesada como su torvo mirar. En ese establecimiento se jugaba clandestinamente.

Juan presentó a su amigo a Li-Tong como un excelente muchacho, en quien se podía depositar

toda la confianza, y el mestizo le aceptó desde aquel momento como un cliente suyo más.

Como todos los tahures, Li-Tong no se contentaba con desplumar a los incautos, sino que prestaba dinero con un interés fabuloso a los hijos "de familia" que se lo dejasen allí mismo.

Juan era uno de esos hijos "de familia", y, aquella noche, pidió prestada a Li-Tong otra suma.

El mestizo le complació... pero con la condición de que le devolviera el préstamo quince días después.

Triste fué la mañana del día siguiente para la pobre Elena.

Apenas vió a su tía, se ofreció a serle útil en algo.

—Tía, ¿quiere usted darme alguna ocupación?

La aristocrática mujer, que ya no se acordaba casi de la desdicha de la muchacha, ni de la trágica muerte de su hermana Catalina, consideró que Elena le serviría de criada o poco menos, y respondió:

—¡Ya lo creo que te daré trabajo! ¡Y para todos los días! Muy conforme que te quedes a vivir aquí, pero no comiendo la sopa boba, mano sobre mano.

—Claro, tía. ¿Qué debo hacer? No tiene usted más que mandarme.

—Limpia esos candelabros.. Déjalos relucientes como el oro, y mucho cuidado no romperlos, pues, por su antigüedad, tienen un gran mérito.

Elena se puso a la obra en el acto.
Quedó sola.

A aquella avanzada hora—las siete—solía, cada mañana, salirse a su casa, en lamentable estado de embriaguez, el “elegante” Juan.

Por una torpeza de su primo, uno de los candlabros que Elena le a, ya limpio el par, a colocar encima de la chimenea del salón, desprendióse de las manos de ella y cayó al suelo.

Juan no notó su tropiezo y siguió adelante, borrándose de la vista de Elena a poco.

La muchacha, azoradísima, no sabía qué hacer.

Afortunadamente, el tío Miguel se dió cuenta del hecho, y, antes de que su hermana descargase su furia sobre Elena, trató de componer el desperfecto.

No consiguiendo su propósito, el buen tío cargó con la culpa delante de la tía Josefina.

A pesar de ello, ésta no se dió a engaño y ofendió a Elena.

—¡Santa Bárbara bendita! ¡Buena plepa me ha caído! ¡Cómo haría yo, Dios mío, para des-
embarazarme de ella?

A partir de aquel día, la pobre Elena sólo vió en torno suyo puras humillaciones y desprecios.

Su tío Miguel era el único que velaba por ella con paternal afecto...

Hasta que, cierto día, la tía Josefina recibió la siguiente carta:

Mi querida hermana:

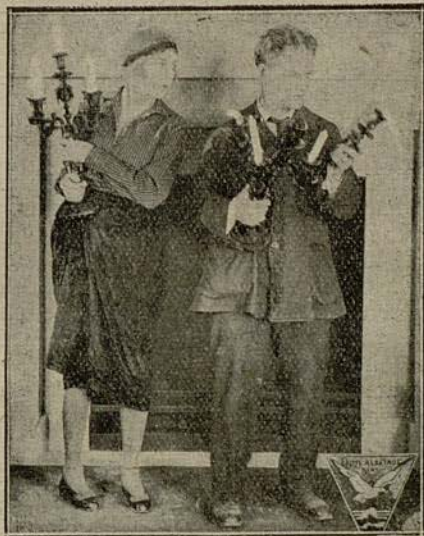
Tengo el sentimiento de anunciarte que nuestro amado tío Augusto Kerr, ha fallecido.

Ninguna de nosotras, sin embargo, figura en

su testamento, pues ha legado entera su cuantiosa fortuna a nuestra sobrina Elena Kerr.

Laura.

Simultáneamente, Li-Tong, como vencía el plazo del último pagaré de Juan, se presentaba



... y, antes de que su hermana descargase su furia contra Elena, trató de componer el desperfecto.

en su casa, introduciéndoselo cerca de él.

—Lo siento mucho, Juanito, pero estoy apu-

rado de dinero, y quisiera cobrar esta cantidad que usted se comprometió a pagarme hoy.

—Atravieso una crisis tremenda, Li-Tong, pero, a ver, espere un poco: iré a pedir ayuda a mi madre.

Juan pensó obtener, con cuatro halagos, dinero de su madre, mas ésta le paró los pies, pues su situación económica era, en verdad, muy apurada.

—Es preciso, madre, absolutamente preciso que me saques de este apuro...

—Hijo mío, lo que es hoy, me es imposible hacerlo, porque no tengo dinero; pero... lo he estado pensando un buen rato... voy a insinuarle una combinación que vale una fortuna. Lee esta carta.

Juan lo hizo al instante.

—¡Caramba, madre! ¡Qué suerte la de Elena!

La muerte del "amado" tío era lo de menos. Lo interesante era la herencia... y la heredera, según la distinguida doña Josefina.

—¡Cásate con ella, pues! ¡Elena lo ignora todo, y no opondrá reparos!

—¡Mamá... tú estás de broma! ¡Mira que proponerme que me case con esa pazguata para que todo el mundo se ría de mí! ¡Ni que estuviera yo loco!

—Hijo mío, el mundo es loco, y, lejos de reirse de los millonarios, los colma de lisonjas y atenciones... ¡Sigue mis consejos!

Juan reflexionó brevemente, conviniendo en que su madre tenía razón. La dote de Elena era muy digna de tenerse en cuenta.

Así, pues, Juan volvió al lado de Li-Tong,

y, prometiéndole un mayor interés, le propuso una prórroga del pagaré.

—¡Tenga paciencia, Li-Tong! Haga el favor de esperar... Dentro de un mes le prometo pagarle religiosamente... ¡Se trata de un casamiento ventajoso!

El mestizo aceptó, por el mayor premio, y, al punto de disponerse a marcharse, Elena, casualmente, se encontró ante los dos hombres.

Juan, a fin de empezar cuanto antes la comedia que debía terminar en boda, mostróse amable y galante con su prima.

—Tengo el gusto de presentarle a usted a mi prima Elena... Mi amigo el señor Li-Tong.

Y el chino quedó prendado de la angelical belleza de la joven.

De la noche a la mañana, como en los cuentos de hadas, cambió radicalmente la existencia de Elena. Su tía la trataba con estudiado mimo; su primo la cortejaba, colmándola de agasajos.

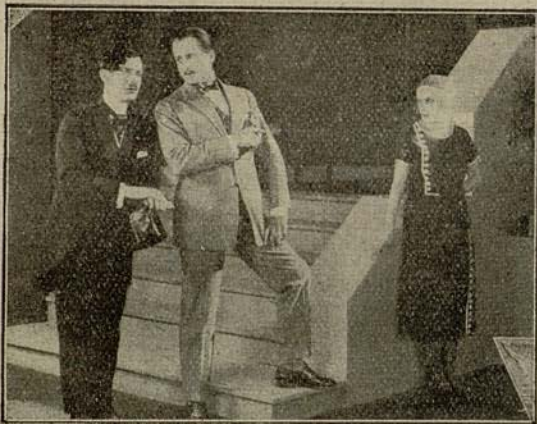
Pero su tío Miguel, que no olvidaba el refrán de que "Entre santa y santo, pared de cal y canto", atento vigilaba, con tanta más razón cuanto que se trataba de un serafín al lado de un diablillo.

A pesar de sus desvelos en busca del motivo

del incomprensible cambio de conducta de su hermana y sobrino con Elena, el tío no salió de la obscuridad.

Así las cosas, llegó el día decisivo escogido por doña Josefina para cazar a la paloma.

La sorprendió con Juan, que le hacía el amor al descubierto.



—Tengo el gusto de presentarle a usted a mi prima Elena...

La llamó a su lado, y, a solas, atacó el final de la farsa:

—Hija mía: debes casarte con tu primo Juan, primero, porque te quiere con verdadero delirio; y después... porque es el solo medio que

tienes a tu alcance para probarnos tu agradecimiento.

Elena, desconcertada, no osó rebelarse.

—Bien, tía! Si me lo exige como pago de los favores que de usted he recibido... ¡sea!

Y quedó concertada la boda.

Cuatro semanas después, consumóse el matrimonio... y con él el sacrificio de la desdichada Elena.

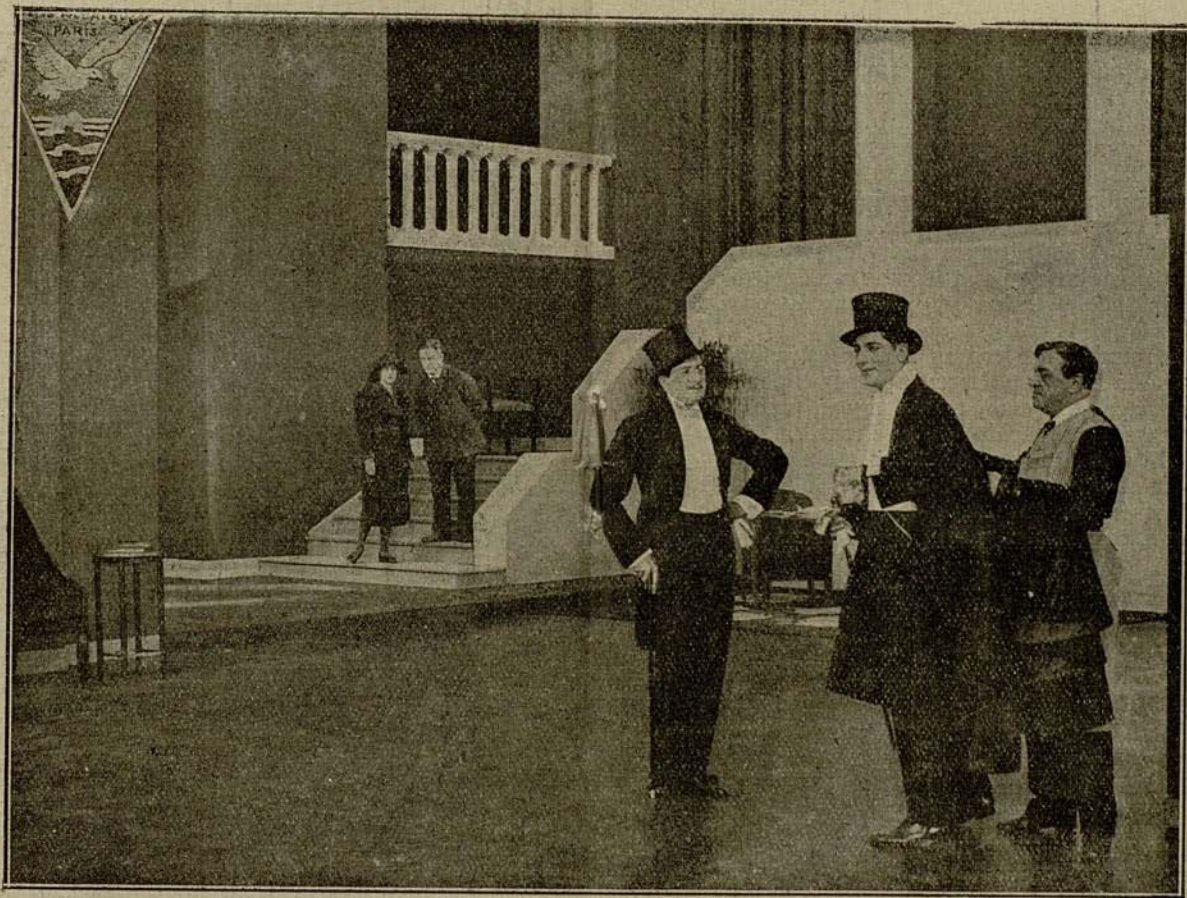
Girard, presente a la fiesta, felicitó a la desposada, en cuya belleza había reparado con admiración, y como viera que los ojos de ella le sonreían, se permitió lisonjearla:

—; Daría la mitad de mi existencia por encontrarme en el lugar de Juan!

A la hora del brindis, el tío Miguel, desesperado de su fracaso en descifrar aquel enigma, y dolorido al pensar en lo desgraciada que sería Elena con un hombre vicioso como Juan, no pudo participar de la alegría de los demás, y delante de todos arrojó al suelo la copa de champaña con que debía brindar.

—; Excusadle, señores!... ¡Es tan original mi pobre hermano!...—se apresuró a decir doña Josefina a los invitados.

Miguel, para ocultar sus lágrimas a todos,



—¡Qué muchacho más guapo y más simpático!—pronunció Elena.

buscó la soledad, y el azar le llevó al gabinete de trabajo particular de su hermana.

De pronto, apoyada su cabeza en sus manos encima de la mesa, Miguel hizo un involuntario gesto y vacióse el agua contenida en un búcaro con flores.

Ocupado en secar la mesa y los papeles mojados, vió con singular sorpresa la carta firmada por su hermana Laura. Leyóla, ansioso de tener noticias de ella, y, pasmado, se enteró de la infamia de Josefina y Juan, verdugos de Elena.

Esta, reuniéndose con su tío, en cuya busca abandonó la fiesta, no desconoció más el por qué de su enlace con Juan, pues Miguel, para que ella tratase a su marido como se merecía, no le ocultó lo que acababa de saber.

—¡Ha sido una vil traición!... ¡Sólo les ha movido el interés! Pero yo, que te quiero como un padre, sabré velar por ti.

..

Había transcurrido un año. El carnaval reñaba locamente...

Acompañada de su tío Miguel, Elena acudió a

un baile, ansiosa de aturdirse en aquel torbellino mundanal...

Los funestos sucesos de aquel año fatal acudían entonces a su mente en lúgubre tropel. Vióse, en el auto mismo en que iba, al lado de su esposo, después de recibida la bendición nupcial... Luego, en su casa, frente a la habitación destinada para ellos.

—¡Qué bella estás esta noche!—le dijo Juan, haciendo ademán de acariciarla.

Elena se apartó, contestándole, despreciativa:

—¡Aunque demasiado tarde, lo he descubierto todo! ¡Sé el indigno motivo que te indujo a casarte conmigo!

—¿Qué dices, Elena? Tú eres mi esposa... y yo te amo...

—¿No tienes ya mi dinero? ¿Qué más quieres?... ¿Penetrar en mi alcoba?... ¡Eso, jamás!!

Al correr de los días, Girard tuvo ocasión de encontrar a Elena en sus paseos matinales.

Se estableció entre ambos una corriente de simpatía.

De simpatía, el interés de sus encuentros se transformó en amor.

Elena, teniendo a su lado a Girard, sentía como el despertar de su alma a la vida soñada...

Juan, ocupado solamente en despilfarrar la fortuna de su mujer, ignoraba la doblez de su íntimo, quien se adentraba cada vez más en el corazón de la doncella esposa...

Ilusionada, Elena dejó que Girard le propusiese el divorcio con Juan, para casarse con él.

—¡Todo tiene remedio, Elena! El divorcio le

devolverá a usted la libertad... ¡Podemos ser dichosos todavía!...

—Sí, Girard. Esta misma tarde hablaré con Juan.

No fué ella quien se dirigió a su marido, sino el tío Miguel, aunque éste no supiera el verdadero motivo de la resolución de su sobrina.

Juan mandó con viento fresco al emisario de su mujer.

—¡Nada! ¡Puede usted decirle a mi cara mitad que por ningún dinero aceptaré el divorcio!

—Pero, Juan... mira que...

—No insista usted, tío Miguel. ¡Es mi última palabra!

Desde este momento, Elena detuvo sus recuerdos: habían llegado al baile.

Su aparición, del brazo de su tío, fué advertida, pues era espiada por Li-Tong, que la asestaba continuamente.

El chino se le aproximó, cuando ella estuvo sola, y le susurró:

—Su gracia y su gentileza se desbordan a través de ese elegante disfraz. ¡Es usted inconfundible! ¡Tan ligeramente enmascarada y más atrayente que todas las máscaras juntas!

Elena volvió el rostro en señal de enojo por la pertinaz impertinencia del mestizo.

Después de éste, otra máscara, la más extravagante de todas, horrible como una pesadilla, se acercó a Elena y le sopló al oído:

—Si quiere usted recuperar sus cartas, la esperaré en mi casa dentro de media hora.

Elena tembló toda.

Esa máscara era Girard. Iba disfrazado de Médico del Agua.

Li-Tong, que sorprendió la significativa frase del galán a la dama enmascarada, sonrió, y, con ironía, volvió a molestar con su voz a Elena:

—¡Me parece que los médicos antiguos ejercen sobre usted una atracción especial!

Y se escurrió a continuación entre la mascarada...



—Si quiere usted recuperar sus cartas, la esperaré en mi casa dentro de media hora.

Girard, media hora escasa después, regresaba a su casa.

En ella encontró durmiendo a pierna suelta a un amigo suyo, Robin, sujeto más desgraciado que pendenciero, que conocía la vida que se da en la cárcel, y por cuya causa Girard tuvo unas

palabras con Li-Tong, que hubieran podido arrastrar fatales consecuencias.

Ocurrió que Li-Tong observó que Robin era un tramposo de marca, y rogó a Girard, que fué quien lo presentó a él, que no volviese más en su compañía.

Robin se incomodó, pues si él estafaba, el chino no hacía otra cosa, y estaban en paz.

La cosa no pasó a más de una lluvia de improperios, gracias a la intervención de algunos socios del club de juego.

Desde aquella fecha, las puertas del café del "Sol Naciente" estaban cerradas para los dos amigos, Robin y Girard, que profesaban un odio mortal al chino.

Girard despertó a Robin, dando muestras de gran contento.

—¡Vamos, hombre, despabilate... dame la enhorabuena! ¿No sabes que ya soy rico?

—¿Rico, dices?

—¡Sí, bolonio! ¡He descubierto una martin-gala que me hará millonario!

—¿En poco tiempo?

—Eso... según los peces que vayan cayendo...

—¡Y a mí, porque supongo que siéndolo tú, que eres mi socio, lo seré yo también... según preceptúan los códigos de la verdadera amistad.

—Sí, hombre, sí... ¡Los dos nos vamos a hacer ricos!

—¡Bravo!

—¡He aquí cien mil francos que me he ganado en estos días!

—¡Caracoles! ¿Los tenías en ese cajón? ¿Y cómo he podido yo dormir tranquilamente al

lado de esa suma fabulosa, sin que su exquisita fragancia me haya despertado? ¡Qué feliz eres, Girard! Las mujeres se desviven por ti... y, además de ser afortunado en amores, lo eres también en el juego. ¡Quién tuviera tu suerte!

—¡Márchate en seguida al baile, y, al verte con mi disfraz, todas las mujeres te tomarán por mí, y podrás disfrutar de sus encantos!...

—¡Ya lo creo que voy a ir!... ¡Ah!, oye: si voy con los bolsillos vacíos, jamás podrán confundirme contigo, que tiras el dinero.

—Toma...

—¡Bravo! ¡Viva, viva y viva!

**

El tío Miguel, pensando que un día no forma época, había ido aquella noche al baile, decidido a alegrarse y divertirse como en sus buenos tiempos.

Y, mientras tanto, Juan tiraba la fortuna que le trajera Elena...

Y el astuto Li-Tong, a quien las imprudentes palabras de Girard habían puesto en guardia, seguía, cauteloso, los pasos de Elena, que

se disponía a acudir a la cita del amigo de su marido.

Robin, entretanto, disfrutaba en el baile como si fuera el propio Girard. Su disfraz engañaba.

Al cabo de una hora, Elena estaba de vuelta en el baile.

Li-Tong, deslizándosele entre la gente misteriosamente, le dijo:

—Después de lo que he visto, creo que no insistirá usted en mostrarse conmigo tan esquivo...

Elena estremeciéndose con espanto al oír esas palabras... y creyó soñar al ver bailar a la máscara del Médico del Agua...

—¿Quién se ocultaba debajo de ese disfraz? ¿Girard?... ¡Imposible!... ¿Qué significaba aquello?

El tío Miguel se encargó de arrancarla de sus conjeturas.

—Pero, ¿dónde te has metido, que hace más de una hora que te busco?

—¡Por favor, tío Miguel, acompáñeme usted al *buffet*!

—¿Quieres tomar algo, Elena?... Pero, ¿qué tienes? ¿Dónde has estado?

—¡La culpa es suya, tío, por dejarme abandonada, dando lugar a que venga ese chino a importunarme!

A su lado, dos caballeros, incurriendo en el error de creer que Robin era Girard, por el disfraz, hablaron de él:

—Me gustaría saber por qué Girard tiene tanto partido entre las damas.

—¿A qué damas se refiere usted: a la portera de su casa y a su vieja ama de llaves?

—¡No sea usted zumbón ni envidioso! ¡Mire usted el cortejo que tiene en torno suyo!

Elena temía que le diera algo. El tío Miguel se apercebía de su palidez y le preguntó la causa.

—¡Vámonos!... ¡Me siento mal!... ¡Todo el baile me da vueltas!—dijo ella.

Y se marcharon.

Una sorpresa terrible esperaba a Robin a su regreso a casa de Girard.

¡Había sido asesinado!

—Si me encuentran aquí, a solas con su cadáver, me culparán de su muerte!—razonó Robin, huyendo después.

Pero el portero le vió salir en forma anormal, y, temiendo algo, comprobó que su inquilino Girard estaba muerto, avisando telefónicamente a la policía.

Robin, que conocía las relaciones existentes entre Elena y Girard, y entre éste y Juan, fué a avisar a aquélla a su casa.

Elena y el tío Miguel le recibieron.

—¡Mi pobre amigo Girard ha sido asesinado! dijo Robin con desazón.

—¡Horrible! Pero, ¿yo qué puedo hacer?... ¡Avisé a la policía en seguida!—respondió un tanto des centrada Elena.

—Es que temo que me culpen de su muerte... Los indicios me acusan... ¡Por caridad, señora, ocúlteme en su casa!

—No; eso sería peor. Tío, acompáñele usted a casa de Girard, y entérese de todo. Si realmente Robin es inocente, ¿por qué le han de inculpar?

Cuando el tío Miguel, intrigadísimo interiormente, penetró en el despacho de Girard, en compañía de Robín, ya estaba allí el Juzgado practicando las primeras diligencias.

—Robín, asustado de veras, clamó, ante el cadáver de Girard:

—¡Juro que yo no he sido, señor Juez! Cuando entré en la habitación, le hallé ya muerto...

De regreso el tío Miguel a su casa, entrevistóse con Elena en su antecámara, llamado por ella por un criado.

—¿Querías hablarme?

—Sí. ¿Se ha presentado ya el Juez? ¿Sobre quién recaen las sospechas?

—¡Sobre Robín, que es sujeto de malos antecedentes!

—Yo, sin embargo, opino que debe haberle matado alguna mujer por celos. ¡Bien sabe usted que Girard andaba siempre mezclado en aventuras de amor!

—¡Estás en un error! El móvil del crimen ha sido el robo. ¡Se ha comprobado la desaparición de cien mil francos que la víctima llevaba consigo, según declaración de Robín!

—¡Ah, no!... ¡Eso no es verdad!

—¿Qué sabes tú de eso?

—He querido decir que todos conocemos la situación financiera de Girard, y no es creíble que llevase consigo semejante suma.

—Vamos, cálmate, Elena... Tranquilízate... Acuéstate, y procura descansar.

—Sí, tío... Gracias...

Y, mientras el tío Miguel se dirigía hacia su cuarto, meditabundo, Li-Tong, que había acompañado a su casa a Juan con el objeto de in-

producirse subrepticamente en las habitaciones de Elena, acechaba el momento de hacerlo.

En tanto, Elena sacaba de su bolso un paquete de cartas y las arrojaba una a una al fuego. ¡Oh, aquellas cartas comprometedoras, henchidas de pasión y de ilusiones, qué caras le habían costado!...



¡Oh, aquellas cartas comprometedoras, henchidas de pasión, qué caras le habían costado!...

Había salido del baile con la esperanza de rescatarlas del poder de Girard, a quien iban dirigidas.

El falso caballero le pidió dinero a cambio de las mismas, con amenaza, en caso contrario, de un *chantage*.

—Pero eso sería una infamia, porque demasiado le consta a usted que esas cartas reflejan los latidos de una época en que la perspectiva de un próximo divorcio alentó en mí la esperanza de ser algún día su esposa!—le contestara ella.

Encima de la mesa-despacho del miserable había un revólver... Con él le amenazó Elena para obligarle a que le devolviese las cartas... Hubo un poco de lucha... Disparóse el arma... y Girard cayó al suelo para no levantarse más. Elena se apoderó de su cartera y huyó.

Con horror iba Elena quemando las cartas, entre las cuales encontró los cien mil francos por cuya desaparición la justicia atribuía el asesinato al robo, y también iba a arrojarlos al fuego, cuando Li-Tong, apareciendo súbitamente, se apoderó de ese dinero diciéndole a Elena:

—¡No queme usted el dinero que habrá de hacernos falta!

—¡Oh! ¡Qué osadía! ¿Con qué autoridad entró usted aquí? ¡Váyase, o grito!

—Calma, señora... ¿Prefiere usted acaso que revele el nombre del asesino de Girard?

—¿Y a mí qué más me da?

—¡Ah! ¿Conque le es a usted indiferente?

¿Y esas cartas... y ese dinero?

—Pero, ¿acaso usted sabe...?

—¡Lo he visto todo... todo! Salí tras usted del baile...

—¡Por Dios, amigo mío... piedad!

—¿Y usted, se apiada de mí? ¿No sabe que la quiero con locura..., que sin su amor la vida me es ingrata?

—¡Oh, nunca! ¡Apártese!

—¡No trate usted de escapar, porque la tengo en mis manos! ¡Mi secreto vale mucho!

En aquel momento, llamaron a la puerta de la antecámara de Elena.

Li-Tong huyó...

Elena, serenándose lo más posible, entreabrió la puerta, y apareció el tío Miguel.

—¿No duermes, Elena?

—¿Tampoco usted duerme, tío?

—No me ha sido posible conciliar el sueño, porque he adquirido la convicción de que Robín no es el verdadero culpable, y estoy resuelto a intentarlo todo para demostrar su inocencia.

—Me parece muy bien, tío...

*
* *

Al día siguiente, citada por Li-Tong de modo apremiante, Elena acudió a las tres al café del "Sol Naciente".

A aquella misma hora, es decir, antes, el tío Miguel y Robín, cuya libertad provisional había podido aquél obtener, entraron en dicho café, primero que les vino al paso, y el tío creyó ver, con el consiguiente asombro, a Elena desaparecer por una puerta secreta.

—Robin, ¿no acaba usted de decirme que conoce palmo a palmo este café y sus ocultas dependencias?... Pues bien; quisiera saber en el acto quién es esa mujer que acaba de entrar—dijo el tío Miguel.

—Aquí hay un agujero por el que se ve el interior. Mire usted por él.

Y el tío se convenció de que la dama era Elena, y que el chino estaba con ella.

Sin medir las consecuencias de su arrojo, el tío trató de derribar la puerta del corredor secreto, mientras Robin iba a avisar a la policía.

Los chinos se abalanzaron al tío Miguel, derribándolo en tierra.

En tanto, Elena, que había acudido a la cita del chino con la esperanza de comprar su silencio, le ofrecía cuanto de valor era dueña.

Pero Li-Tong codiciaba su belleza de mujer, y, como ella se resistiera, apeló a la fuerza bruta.

Decidida a todo para salvar su honor, Elena aprovechó un momento de ventaja a su favor para derribar a su enemigo, hiriéndole en la cabeza con un ánfora de adorno de grandes proporciones, que se rompió en mil pedazos; mas luego, reaccionando, Li-Tong prosiguió la lucha.

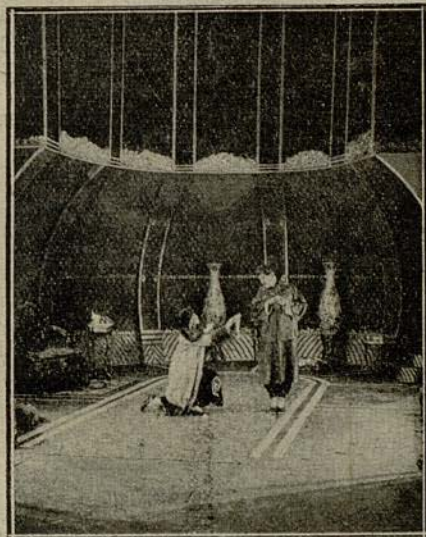
Pero la intervención de la policía dió la razón a quien la tenía.

El tío Miguel, libertado, fué el primero en acudir en auxilio de Elena, y como Li-Tong intentase huir, un policía le derribó de un balazo.

Antes de morir, Li-Tong, vengativo, quería acusar a Elena de la muerte de Girard, pudiendo

solamente pronunciar el nombre del asesinado.

Dicho nombre y el hallazgo sobre él de los cien mil francos que le quitó a Elena cuando ésta se disponía a quemarlos, iluminaron a los representantes de la justicia.



... le ofrecía cuanto de valor era dueña.

—¡ Es preciso rendirse a la evidencia ! ¡ El robo impulsó a este hombre a asesinar a Girard !

Un poco después, a solas el tío Miguel y Elena, ésta, convencida de que el primero sospechaba la verdad, le dijo :

—No he tenido más remedio que acudir a la cita de esa fiera, porque sabía que yo maté a...

—¡Silencio, desgraciada! ¡Lo sé todo!

—¡Estoy loca, tío!

—¡Tranquilízate, hija mía! Ya nada debes temer. Vive sin remordimiento. La mujer que mata a un hombre para salvar su honor, no es una criminal. ¡En cuanto a tu marido, yo te prometo que provocaré el divorcio, para que puedas ser aún feliz en la vida! ¡Palabra!

Y Elena se abandonó en los brazos de su tío, para llorar de gratitud en ellos...

FIN

Prohibida la reproducción

~~~~~  
*Este número ha sido sometido a la censura gubernativa.*  
~~~~~